

Gobierno Militar

El 3 de octubre de 1968 el General Juan Velasco dio un golpe militar contra el gobierno del Presidente Constitucional Fernando Belaúnde Terry, quién debió pasar largos años exiliado. La sorpresa y frustración de los demócratas de todas las tiendas políticas fue grande. Lo mismo ocurrió con el Servicio Diplomático que, en función del principio fundamental de continuidad de los Estados, tuvo que reconocer la situación y adaptar su actuación profesional a las circunstancias, procurando siempre salvaguardar los intereses permanentes del país en el ámbito externo y que se minimizaran en lo posible los daños que produciría la ruptura del orden democrático.

Como Ministro de Relaciones Exteriores fue designado el General Edgardo Mercado Jarrín, a quién nadie conocía en el Ministerio. Tras las comprensibles dificultades iniciales, relativas a lo que en aquel tiempo todavía era la cuestión fundamental del reconocimiento de gobiernos, se fue advirtiendo que el nuevo Ministro era una persona realmente interesada en los temas internacionales, tenía bagaje académico y entendía las características del funcionamiento del sistema internacional; además de sensibilidad para entender las peculiaridades de la gestión diplomática. Sabía que en este ámbito no se trataba de impartir órdenes, sino de usar instrumentos políticos y diplomáticos para que los posicionamientos del Perú fueran entendidos y, en lo posible, aceptados.

En esa situación sui generis, trabajar con el General Mercado Jarrín fue una experiencia. En su trato personal, era correcto y considerado. Como asistente especial, llevó al entonces joven Comandante Sinecio Jarama Dávila, quien en poco tiempo comprendió que el Servicio Diplomático albergaba funcionarios de extensa experiencia y valiosos conocimientos, lo cual, unido a la consideración y respeto con que trataba a todos, le granjearon amistades sinceras que se mantuvieron durante su distinguida carrera hasta su sentido fallecimiento.

El acuerdo alcanzado por el gobierno del Presidente Belaúnde Terry con la International Petroleum Company, fue el detonante de la decisión del Gral. Velasco y altos oficiales, de establecer el llamado Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada. Entre sus primeras decisiones estuvo la nacionalización de esa empresa. Comprensiblemente, el gobierno de los Estados Unidos recibió con enorme desagrado esta decisión y amenazó con imponer al Perú la enmienda Hickenlooper, sanción sumamente perjudicial para el país. Eventualmente, el Gral. Mercado Jarrin quien había pasado al más alto cargo en el Ejército, negoció un acuerdo que puso fin al problema.

Fue necesario seguir adelante con los temas de interés nacional: las relaciones vecinales, las vinculaciones económicas, el renovado tratamiento internacional del derecho del mar y muchos otros. Pero eran tiempos de cambios y, progresivamente, el Perú amplió el ámbito de sus relaciones bilaterales a la Unión Soviética y países del Este de Europa y Cuba, enviando como primer Embajador a Moscú al Secretario General de Relaciones Exteriores Embajador Javier Pérez de Cuéllar. Asimismo, reconoció a la República Popular China como titular de su representación en Naciones Unidas y el Consejo de Seguridad y se incorporó al Movimiento no Alineado.

En los varios años de gestión del General Mercado Jarrín, inicialmente lo secundó como Secretario General el Embajador Alejandro Deustua. La Cancillería se organizó en Sub-Secretarías: Política Exterior, Económica, Administración y una novedosa de Planeamiento, que fue confiada al Embajador Carlos García Bedoya. Con su inteligencia, creatividad y

conocimiento de las relaciones internacionales y ciencias políticas, elaboró una visión de política exterior para el país. Por su solidez conceptual, que partía de un renovado examen de los intereses nacionales en el marco de la situación mundial y regional pudo calificarse de revolucionaria y juntamente con su planteamiento operacional representaron un cambio sustancial frente a la manera tradicional como se entendía la vinculación externa.

García Bedoya percibió como pocos que se había iniciado una etapa de transformaciones que sería irreversible. En función de ello, su propuesta de una “diplomacia para el cambio” no solamente fue oportuna y necesaria, sino que debería seguir siendo elemento central de cualquier planteamiento que se haga. Hemos entrado a un estadio de la humanidad en el que la única certeza es que todo cambia y seguirá cambiando y a mayores velocidades. No entenderlo cabalmente implicará marginación, irrelevancia y atraso.

De la Subsecretaría de Planeamiento, el Embajador García Bedoya pasó a ocupar la Secretaría General de Relaciones Exteriores y le sucedió en la Subsecretaría el Embajador Jorge Morelli Pando y por un tiempo también el Embajador Manuel González Olaechea, ambos destacados profesionales con los que siempre mantuvimos la mejor amistad. Se trataba de una tarea de información, reflexión y formulación de planteamientos y propuestas en que había amplio espacio para la creatividad y la innovación. Además, no faltaron viajes en comisiones de servicios a reuniones de organismos internacionales, encuentros bilaterales y otras actividades. Fue para mí un ámbito muy instructivo y hago aprecio de la naturaleza del trabajo y la calidad de mis superiores y colegas. Sin descuidar la prioridad de la tarea, siempre había un momento para hablar de pintura con Felipe Solari Swayne, gran conocedor de arte; o de poesía con Antonio Belaúnde Moreyra y Felipe Valdivieso con quienes competíamos amigablemente en recitar versos de Antonio Machado y otros poetas; o comentar la producción en curso de Edgardo de Habich, escritor y poeta; apreciar los avances en la carrera artística de la más joven diplomática y ya destacada pianista Liliana Cino, acompañar los inicios de Harry Beleván, quien destacó en diplomacia y en literatura, el interés en la política de José Antonio García Belaunde, la objetividad analítica de Hubert Wieland, la afabilidad y simpatía de Carlos Vizquerra y nuevamente la inteligencia y amistad de Felipe Valdivieso Belaunde. En fin, agradezco esos años de compartir con personas cultas y amables, lo que no restaba en nada a su competencia profesional y la calidad de su labor.

Tras varios años, el General Mercado Jarrín fue sucedido por el General Miguel Ángel de la Flor. En esas circunstancias viajé por casi un año a Oxford para seguir un programa académico destinado a diplomáticos extranjeros. Al retornar a Lima, continué laborando como Jefe de Estudios en la Sub-Secretaría de Planeamiento. En una oportunidad, hice parte de la delegación que acompañó al Canciller a una Asamblea de la OEA en Quito. Las cosas transcurrían normalmente, cuando una mañana que me encontraba en la Cancillería de la Embajada, redactando unos informes con Eduardo Ponce Vivanco, entonces Secretario, una empleada nos informa que habían llamado de la residencia porque se estaba produciendo un incendio. Salimos corriendo hacia el local, ubicado en una casona en el centro de la ciudad y, ya cerca, encontramos que la única vía de acceso estaba bloqueada por una manifestación de estudiantes, que lanzaban piedras a la policía fuertemente armada que les cerraba el paso. No habiendo otro modo de llegar al local, le dije a Eduardo que camináramos calmadamente hacia la policía con las manos en alto. Ciertamente estábamos vestidos como diplomáticos y, con el susto de tener estudiantes detrás que nos seguían para lanzarlas de más cerca y a los que tratábamos de espantar, gritamos que éramos diplomáticos peruanos que necesitábamos llegar a la residencia. La policía lo advirtió y nos

dejó pasar mientras sobre nuestras cabezas continuaba volando las piedras y los gases lacrimógenos.

El “incendio”, felizmente, no era en la casa sino en un quiosco techado de paja en el jardín, al que lo estudiantes habían puesto fuego posiblemente sin saber que era la Embajada del Perú. Tomamos las mangueras disponibles en la casa, cuando felizmente pasó un coche rompe manifestaciones que lanzó un potente chorro de agua por encima del muro que prácticamente lo apagó, dejándonos la tarea de acabar con los rescoldos. Nos tomó un rato reponernos del susto y no tratándose de nada “oficial” participamos en la noche en la cena que ofreció el Embajador Jorge Morelli Pando al Canciller y autoridades ecuatorianas. En fin, la cuestión no tuvo mucho de diplomática, pero en los textos que conocía no encontré nada que me informara que tratar de “apagar incendios”, no figurativamente en relación con serias tensiones o crisis sino con mangueras, es algo que también podía ocurrir en la vida diplomática. A incluir entre “los gajes del oficio”.

Volviendo a la política exterior, más allá de lo que implicaba la pérdida del sistema democrático y sin ánimo de excusar nada, debe tenerse en cuenta que fueron años y décadas en que se produjeron no pocas alteraciones del sistema democrático en América Latina; y también reconocerse la significación política y económica de muchos países de condiciones similares al nuestro en diversas regiones del mundo. En el ámbito de las relaciones exteriores, la Cancillería y el Servicio Diplomático hicieron todo esfuerzo por defender los derechos permanentes del Perú y promover sus intereses y, hacia el interior, evitar decisiones inconvenientes para nuestra vinculación externa; lo que no siempre fue posible.

Una de ellas, fue romper relaciones diplomáticas con Francia por los experimentos nucleares en el Atolón de Mururoa en el Pacífico. Se alegó que implicaban una amenaza directa a la salud de la población, lo cual quedó demostrado no era para nada el caso. En 1975, el General Velasco fue reemplazado en la Presidencia por el General Francisco Morales Bermúdez cuando se realizaba en Lima una reunión del Movimiento no Alineado. Poco después, los Cancilleres pasaron a ser los destacados Embajadores en el Servicio Diplomático José de la Puente, Carlos García Bedoya y Arturo García y García, hasta el retorno de la democracia.

Ellos sostuvieron las grandes líneas de la política exterior, ampliándose considerablemente el rango de intereses externos y relaciones políticas y diplomáticas. Se mantuvo posicionamientos moderados y positivos en las organizaciones internacionales y se procuró evitar la exacerbación de las dificultades. Entre éstas, el recelo de los gobiernos del Perú y Chile tras el sangriento golpe de estado de Pinochet en 1973 contra el gobierno de Allende. También tuvo altibajos la compleja relación con Cuba, en la que se pasaba de inconvenientes y no tan ciertas expresiones de coincidencia y frecuentes encuentros y visitas ministeriales recíprocas a preocupantes crispaciones; las que alcanzaron su clímax con la ocupación de la Embajada del Perú en la Habana por millares de cubanos anhelantes de escapar del régimen castrista.

Los Cancilleres diplomáticos tuvieron muy destacada actuación para que al retorno de la democracia en 1980 el Perú se encontrara en una posición internacional favorable en la que, entre otras cosas, había logrado sustantivos avances en la negociación del nuevo derecho del mar en función de los intereses del país y se promovieron importantes iniciativas bilaterales y multilaterales.

En esos largos doce años, con dos etapas bastante diferentes, se consiguió estabilizar la relación con Estados Unidos mediante el acuerdo de compensación por las nacionalizaciones y expropiaciones, antes mencionado. La ampliación de vinculaciones diplomáticas y económicas permitió mayor presencia en un mundo que no dejaba de cambiar, incluyendo la participación en las agrupaciones de los países en desarrollo: el Grupo de los 77 para temas económicos y el Movimiento No alineado, esencialmente para los políticos. Sus dos grandes temáticas: fueron la Guerra Fría y el avance del proceso de descolonización. La activa y razonada participación en ambos, incrementó la visibilidad del Perú en el escenario mundial. Con algunas inevitables excepciones, la actuación estuvo en el lado de la moderación y la búsqueda de lo posible. No se cayó en la aceptación de posiciones extremas y se actuó con total observancia de los compromisos contraídos y el Derecho Internacional.

Con el impulso intelectual y diplomático del Embajador Carlos García Bedoya, quien ocupó la Secretaría General de Relaciones Exteriores, a comienzos de los años setenta el Perú promovió la más completa revisión del Sistema Interamericano, nunca antes intentada. Su resultado no fue perfecto, pero sí positivo y se concertaron acuerdos que sólo en parte fueron llevados a la práctica, por falta de determinación de varios países para ratificar lo que habían convenido. Así era entonces y sigue siendo ahora nuestra América Latina.

El Servicio Diplomático cumplió, con creces, su responsabilidad en circunstancias que no escogió, manteniendo la defensa de los derechos y la promoción de los intereses del país y evitando que avanzaran algunos planteamientos extremos de ciertos sectores militares, propósitos que trascienden a los gobiernos de turno.